

“GENTE BRAVA”

5/11/55

Al promediar la representación de “Gente Brava”, de Aurelio Pinochet Alvis, nos volvimos, desde nuestra butaca, para observar las localidades altas. Estaban prácticamente desiertas. El público popular ya no cree en el teatro y, salvo contadas excepciones, prefiere la oscuridad del cine como entretenimiento y alimento de su espíritu. Es lamentable su ausencia, justamente en esta obra, porque ella tiene elementos y sencillez como para interesar a un público no exigente que encontrará en esta pieza una comedia dramática con personajes y ambiente campero y una truculencia que, sin ser desmedida, podría lograr un impacto en la sensibilidad popular. Porque, salvo escasas escenas, la pieza de Pinochet Alvis está bien dialogada y escrita con limpieza, demostrando cierta destreza en la construcción de caracteres que, careciendo de la complejidad a que nos tiene acostumbrado el teatro moderno, llegan directamente hasta el espectador.

Sin embargo, el diálogo fluido y la caracterización de los personajes, son sólo dos de los elementos con los que debe trabajar un autor dramático. Se requiere un argumento y que él sea llevado dentro de una línea progresiva de interés. Aquí es donde Aurelio Pinochet demuestra su inexperiencia.

Dos gañanes que se disputan a una misma mujer, de distinta condición social y moral los dos, es un argumento que, para interesar realmente, debe estar arduo con sagacidad y oficio de autor. No tiene él, en sí, ninguna característica que lo haga especialmente atrayente. En los tres actos en que se divide “Gente Brava”, su autor utiliza los dos primeros en la exposición, siendo el primero de ellos para dar a conocer la situación planteada y conocer la personalidad de José Miguel, uno de los pretendientes; mientras el segundo acto, consiste en una sola escena entre el rival de José Miguel, El Veneciano, y su dependiente Carachilla. En este acto, poco avanza la acción para darnos, en cambio, una descripción acabada de la personalidad de El Veneciano.

Así las cosas, la acción sólo se desarrolla plenamente en el tercer acto que ha de terminar por la muerte de José Miguel, a manos de Carachilla y la de El Veneciano, al vengar “El Mono”

la muerte de su patrón José Miguel.

La ausencia de acción dramática es, pues, a nuestro juicio, el principal defecto de esta obra, ya que el espectador necesita que la acción “suceda” y no que ella sea referida como ocurre en largos pasajes del primero y segundo acto.

Acierta sí, Pinochet, en la composición de los personajes populares como son, por ejemplo, “El Mono”, fiel ejemplo de la fidelidad campera y “Carachilla” asesino a sueldo, ladino, pero con la simpatía y llaneza que caracteriza al hombre de nuestros campos. Mención especial, merece María Mercedes, personaje poco desarrollado y, por eso, llevado en ocasiones a lo grotesco, pero que, más detallado y estudiado en mayor profundidad podría ser un gran personaje dentro de la dramaturgia nacional. Es ella, la mujer campesina, con un sentido instintivo del honor, acepta y empuja que su hijo se juegue la vida para vengar la de su patrón. Si Pinochet Alvis insistiera en este personaje, dándole una humanidad que, por el caso desarrollo que le permitió en “Gente Brava”, no fué lograda, encontraría, tal vez, un hermoso tema de tragedia del campo chileno.

Con las consideraciones anotadas, podemos concluir que “Gente Brava” es una pieza meritoria que demuestra la presencia de un autor de potenciales cualidades que debe, sí, prestar una mayor atención a la técnica de la acción dramática.

La interpretación de “Gente Brava”, bajo la dirección de Rafael Frontaura se encuentra realizada con dignidad. La mayoría de los actores interpretaron sus papeles con una soltura que echamos de menos en nuestros escenarios. Actores destacados fueron Jorge Quevedo que impuso su veteranía escénica prescindiendo a su Don Diego la autoridad, mesura y sobriedad que caracteriza a este actor. Antonio Castillo y Romilio Romo, en los personajes mejor conseguidos del autor dieron muestras de capacidad histriónica. El resto del elenco, con excepción hecha de Ana María Toledo, y Humberto Soto, se mantuvo en un encomiable plano de discreción.

La escenografía que se nos presenta en el primer acto, no es permitible en un teatro de regular jerarquía.